

Zonas de alteridad

Inmersión en la sombra

Mauricio Molina

Así que hay que hablar de los raros.

Debemos al escritor iraní Sadeq Hedayat (Teherán, 1903-París, 1951) algunos milagros imprescindibles: una introducción del *Rubaiyat*, del clásico persa Omar Khayyám, esa colección de poemas del siglo XI que combinan diestramente el vino y el erotismo; *El enterrado vivo*, una vuelta de tuerca a E. A. Poe; el ensayo *El mensaje de Kafka* y, sobre todo, la espléndida novela *La lechuza ciega*.

Hedayat pertenece a la estirpe de los escritores que navegan en la otra orilla de sus tradiciones, lejos de los cánones literarios de su espacio y tiempo, en un lugar vacío (como quería Blanchot) donde impera la libertad de creación y rondan el silencio y la locura. Se trata de un escritor visionario, pleno de vislumbres, logros y atisbos.

Nacido en el seno de una familia culta, muy joven entabló contacto con la literatura occidental gracias a su educación francesa y a sus viajes por Europa. Hedayat se adentró en la obra de autores (hay que mencionar unos cuantos) como Rilke, Poe, Maupassant, Chéjov y Kafka, estos dos últimos traducidos por él.

Sus críticas a los poderes fácticos de su país —la monarquía y el clero— le valieron un paulatino alejamiento de la realidad, que lo llevaron a una suerte de locura. Como Kafka, del que Hedayat es hermano, fue testigo de la burocracia y fue testigo de las arbitrariedades del mundo de los archivos, las cuentas, los expedientes. Como el autor de *La metamorfosis*, Hedayat percibió el monstruo idiota que se ocultaba detrás de esos papeles, en el sentido literal y teatral: los estados sordomudos pero siempre dotados de un ojo terrible para la acusación.

En los años treinta Hedayat viajó a la India, lugar donde terminó la escritura de

La lechuza ciega, considerada como una de las obras cumbres de la literatura iraní, y que dio a la imprenta en Bombay, lejos de su país. No sería sino hasta 1950 cuando se publicó la traducción de Robert Lescot en París; la obra sería entonces aclamada por André Breton como una obra enraizada en el espíritu surrealista.

La relación entre la India y los iraníes es profunda y debe observarse desde un punto de vista cultural y mitológico. Dado que forman parte del universo indoeuropeo y no del semítico, las influencias hindúes permean el imaginario persa. Su vasta mitología se encuentra en daneses o griegos, en celtas o galeses. Confirman aquello que Antonio Alatorre afirmó en el sentido de que iraníes, búlgaros, rusos, alemanes, hablabamos indoeuropeo, y en este sentido, la narración de Hedayat nos presenta un orbe perfectamente cercano, muy cercano a ese mestizaje entre lo pagano y lo sagrado que no es solo de nuestro continente. Definirse como persa hoy es distinto que definirse como iraní. El muro que los divide es el *Corán*.

Pero un pintor asaltado por las pesadillas del opio. Su carácter onírico permite a la narración moverse entre diversas líneas temporales, en un ambiente donde imperan la imaginería hinduista y budista, y la ardua concentración de lo sagrado y lo sexual, acaso proveniente del sufismo.

La metamorfosis de una mujer despedazada, de un rostro que se convierte en una sombra en la pared y esta en una lechuza son los motivos principales que recorren la novela con extraña precisión fractal. Un orbe de coincidencias y repeticiones contribuyen a dar al relato una atmósfera numinosa de una rareza incomparable. De una manera profunda y radical, la novela se interna en la selva salvaje de los símbo-

los (el *Infierno* de Dante no está lejos) dejando fuera cualquier posibilidad de interpretación unívoca o directa. La novela explora todos los matices de la oscuridad y de la noche, y no es improbable que relate la inmersión de un hombre en su propia sombra. Ese simbolismo barroco y aljamiado (esa palabra lezamiana para el arabesco) contribuye a darle una originalidad irrevocable, ajena a los vanguardismos de la época, con toques ligeramente anticuados, lo que ayuda a enrarecer aún más la materia narrativa.

El salto de tiempos es imprescindible para entender el relato. Dividida en dos partes, *La lechuza ciega* es una novela muy extraña a los cánones editoriales y mercantiles. En una época —los cincuenta— en que lo experimental se daba en la masa lingüística, aquí nos encontramos con una distorsión del tiempo narrativo. La primera parte ocurre en un presente dudoso y la segunda parte se sumerge en un pasado remoto. Pero los hechos se repiten. Ahí está la veta hinduista o budista del relato. Avatares de un hecho trágico, los personajes se repiten. Lo interesante es que lo hacen desde el presente hacia el pasado. Hedayat hace hincapié en esto, y ahí se deslinda del misticismo de las repeticiones o de las reencarnaciones. Como para Nietzsche, es el presente lo que cuenta: el pasado y el futuro solo existen hoy. Su rebelión es mística y literaria. Por eso su relato culmina en el pasado. Parece decirnos que lo que hacemos hoy resuena no solo en el futuro, como querían griegos y vikingos, sino también en el pasado.

Se trata sobre todo de una expresión de un sueño, donde todo es drama porque en sueños siempre nos encontramos *in media res*: en suspenso. No sabemos cómo llega-



Sadeq Hedayat

mos ahí ni cómo vamos a salir. El logro de Hedayat es conseguir una suerte de exploración de lo onírico mediante una prosa prístina y perfectamente afinada. Por eso los surrealistas lo aplaudieron tanto. Ninguna obra surrealista había logrado el buceo profundo y angustioso por los laberintos de la pesadilla —ese género aparte diría Borges en sus *Siete noches*— del sueño. También se trata de una novela sobre la vida después de la muerte, a la manera de *Pedro Páramo*, o de esa otra obra maestra, muy distante culturalmente, pero sin duda afín, *My Life in The Bush of Ghosts*, del narrador nigeriano Amos Tutuola (del que nos encargaremos en una próxima entrega), donde se nos presenta lo que sucede al otro lado de la vida.

Es más que posible que el autor de *La lechuza ciega* haya conocido algunas ideas del sufismo y del ismaelismo y compartiera algunas de sus creencias. Aquí me muevo en el territorio de la hipótesis. Destacaría sobre todo una de ellas: la existencia de tres mundos, uno puramente espiritual, otro intermedio y el mundo real.

El islamista francés Henry Corbin, en su hermoso libro *L'Homme et Son Ange* nos ofrece una visión del ismaelismo donde se

concibe al hombre como una dualidad y al mundo como un orden dividido en tres reinos: el de la realidad concreta, un reino intermedio y crepuscular, y finalmente un reino absolutamente inaccesible y espiritual. La dualidad del hombre se expresa en su alma terrenal y en su pareja, la *Daena* o alma gemela que habita en el reino intermedio. Durante el rito de iniciación ismaelita el escogido se ayunta con su *Daena*, su opuesto femenino, para conformar un ser único, el andrógino platónico (largas serían las discusiones para discutir la influencia de Platón en todas las filosofías orientales). Este reino intermedio es de fundamental importancia ya que, según el ismaelismo, el iniciado debía acceder a una experiencia extática para conocer a su *Daena* y despertar a la conciencia en una especie de nuevo nacimiento, puesto que había accedido a un ámbito sagrado.

Desde esta perspectiva no resulta extraño que la mujer de *La lechuza ciega* sea sufista, la prototípica *Daena* del ismaelismo: el alma gemela que habita el mundo intermedio entre el espíritu puro y la realidad más literal. Es la *Sophia* del gnosticismo y de los textos herméticos occidentales: un ser desprendido de la Plenitud

que vaga en harapos entre la realidad y la imaginación.

Los elementos gnósticos son también muy patentes. Procedente de una tradición religiosa y cultural siempre crítica, es posible que Hedayat conociera la veta gnóstica de las tradiciones del islam y del cristianismo. Es la idea de que el mundo fue creado por un dios impostor, por el falso dios de los profetas y redactores de todos los libros sagrados. Es la misma sensación que tuvieron Kafka y Beckett. Si la literatura es nuestra forma de religión, es preciso comprenderla como una forma de acceder a lo sagrado por otras formas. El sacrificio, el crimen, la muerte, el nacimiento, no son eventos literales nunca. Ahí donde impera la metáfora y la imaginación nace la gran literatura.

Desde su publicación en Bombay, cuando fue impresa en una edición muy limitada para evitar a la censura, hasta el día de hoy, *La lechuza ciega* sigue prohibida en su país y en su lengua.

Sadeq Hedayat se suicidó el 4 de abril de 1951 en un pequeño departamento de París, clausurando puertas y ventanas para asfixiarse con gas.

Su obra siempre espera renovados lectores. **U**